



Susana Pastor

Fico Velarde, el ingeniero

A Fico Velarde lo conocimos como *el ingeniero*. En el Perú hay dos maneras de nombrar a las personas en el ámbito laboral: o eres ingeniero o eres doctor, sobre todo cuando no hay títulos académicos a la vista y la persona mantiene su vida personal en un total misterio. Fico era Fico. En todo caso, si hubo algunos estudios universitarios debe haberlos realizado en Chile, donde conoció a su esposa. Tampoco se sabe mucho de María Angélica, cuyo atractivo era de leyenda, pues Fico, que no era pintón que digamos, fue capaz de conquistarla con el encanto que todos podíamos reconocer al verlo. Fico, sin darse mucha cuenta, fue muy importante para algunas personas de una generación un poco menor. Fue mi caso, sin duda. Inesperadamente me nombró Jefe de la División de Investigaciones de **desco** y se convirtió en mi *consigliere* personal. Le consultaba de todo, desde lo más privado hasta lo más profesional, porque Fico tenía una sabiduría a flor de piel, un gran sentido común, y resolvía los problemas más difíciles en cosa de minutos. Como Fico era el ingeniero, no disputaba con sus colegas un reconocimiento o una recompensa. Lo suyo era lo práctico, lo certero, lo concreto, el dato, la información, quizá el chisme político, y siempre tuvo una especial consideración por la precisión. Hojeaba todos los diarios y revistas. Veía los programas políticos de la televisión. Estaba al tanto de los movimientos en el Congreso, en el Palacio y en los cuarteles. Tenía fascinación por los militares, no tanto por los curas, y era de conversar de día, no tanto de noche. Bebía con mesura o es que tenía una gran cabeza, lo cierto es que jamás perdió la compostura. Cuando fue presidente de **desco** trajo una calma impresionante, disminuyó las tensiones y las polarizaciones y todo lo que hacía parecía corresponder a un gran sentido común; justamente por eso, ese sentido común era muy poco común. Pero su gran virtud fue valorar lo que él no hacía ni conocía bien, siempre y cuando reconociera entrega y pasión en la persona que lo practicaba. A Fico lo dejamos de ver una vez que se fue de **desco**, y al final de su vida era casi un fantasma de sí mismo. Jamás fue doctor, porque no fue orador ni tenía una pluma brillante. Siempre fue el ingeniero porque lo suyo era el equilibrio del andamio, los fierros que sostienen, los puentes que vinculan e incluso los túneles donde, con dignidad y serenidad, las personas que han influido en tantos, le dicen un discreto adiós a la vida. Ese fue Fico, vestido de terno a rayas, siempre de zapatos negros, con un pelo duro y reacio a despeinarse. Fico te recibía con un café y un cigarro en los dedos, acompañado de su sonrisa, a falta de un abrazo. (ASL) ■